



ROMANCE DEL CONDE SOL

Ya se publi-can las guerras en la tierra y en el
 mar — y al conde Sol le nom-braron por ca-pitán ge-ne-
 ral — por capitan ge-ne-ral

Grandes guerras se publican
 en la tierra y en el mar,
 y al conde Sol le nombraron
 por capitán general.
 La condesa, como es niña,
 no hacía sino llorar:
 acaban de ser casados
 y se tienen que apartar.

—¿Cuántos días, cuántos meses,
 piensas estar por allá?
 —Deja los meses, condesa,
 por años debes contar;
 si a los tres años no vuelvo,
 viuda te puedes llamar.

Pa — san los tres y los cua — tro pasan seis y pasan
 más — y el conde Sol no vol — ví — a ni nue — vas su — yas fué a
 dar —

Pasan los tres y los cuatro,
 pasan seis y pasan más,
 y el conde Sol no volvía,
 ni nuevas suyas fué a dar;
 ojos de la condesita
 no dejaban de llorar.
 Un día estando a la mesa,
 su padre la empieza a hablar:
 —Deja el llanto, condesita,
 nueva vida tomarás:
 condes y duques te piden,
 te debes, hija, casar.
 —Carta en mi corazón tengo
 de que el conde vivo está;
 no lo quiera Dios del cielo
 que yo me vuelva a casar.

Dadme licencia, mi padre,
 para salirle a encontrar.
 —La licencia tienes, hija,
 mi bendición además.—
 Se retiró a su aposento,
 llora que te llorarás;
 se quitó medias de seda,
 de lana las fué a calzar;
 dejó zapatos de raso,
 los puso de cordobán,
 un brial de seda verde
 que valía una ciudad,
 y encima del brial puso
 un hábito de sayal.

Es — por — ti — lla de ro — me — ra so — bre el hom — bro se e — chóa — trás
 co — gió bor — dón en la ma — no y se fué a pe — re — gri — nar

Esportilla de romera
 sobre el hombro se echó atrás,
 cogió el bordón en la mano
 y se fué a peregrinar.
 Anduvo siete reinados,
 morería y cristiandad;

anduvo por mar y tierra,
 no pudo al conde encontrar.
 Cansada va la romera
 que ya no puede andar más;
 subió a un puerto, miró a un valle,
 un castillo vió asomar.

—Si aquel castillo es de moros,
allí me cautivarán;
mas si es de buenos cristianos,
ellos me han de remediar.—
Y bajando unos pinares,
gran vacada fué a encontrar.
—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
que me niegues la mentira
y me digas la verdad:
¿de quién llevas tantas vacas
de un mismo hierro y señal?
—Del conde Sol son, señora,
que en aquel castillo está.
—Vaquerito, vaquerito,
si es el conde Sol tu amo,
más te quiero preguntar:
¿cómo vive por acá?
—De la guerra llegó rico,
mañana se va a casar;
ya están muertas las gallinas,
ya están amasando el pan;
muchas gentes convidadas
de lejos llegando van.
—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
por el camino más corto
me has de encaminar allá.—
Jornada de todo un día
en medio la hubo de andar;

llegado ha frente al castillo,
al conde Sol fué a encontrar,
y arriba vió estar la novia
en un alto ventanal.

—Dame limosna, buen conde,
por Dios y su caridad.

—¡Oh qué ojos de romera,
en mi vida los vi tall!

—Sí los habrás visto, conde,
si en Sevilla estado has.

—¿La romera es de Sevilla?;
¿qué se cuenta por allá?

—Del conde Sol, mi señor,
poco bien y mucho mal.—
Eché la mano al bolsillo,
un real de plata le da.

—Para tan grande señor
poca limosna es un real.

—Pues pida la romerica,
que lo que pida tendrá.

—Yo pido ese anillo de oro
que en tu dedo chico está.—
Abrióse de arriba abajo
el hábito de sayal.

—¿No me conoces, buen conde?
Mira si conocerás
el brial de seda verde
que me diste al desposar.

Al mi-rar-la en a — quel tra-je — ca-yó-se el con-

Al mi rar la en a quel tra - je

de ha — cia — trás — ni con a-gua ni con vi-no -

no le pue-den re — cor — dar —

Al mirarla en aquel traje,
 cayóse el conde hacia atrás;
 ni con agua ni con vino
 no le pueden recordar,
 si no es con palabras dulces
 que la romera le da.
 La novia bajó llorando,
 al ver al conde mortal,
 y abrazado a la romera
 se lo ha venido a encontrar.
 —Malas mañas sacas, conde,
 no las podrás olvidar,
 que en viendo una nueva moza,
 luego la vas a abrazar.

Malhaya la romerica,
 quién te trajo para acá.
 —No la maldiga ninguno
 que es mi mujer natural,
 con ella vuelvo a mi tierra;
 adiós, señores, quedad;
 que los amores primeros
 son muy malos de olvidar.
 —Quédese con Dios, la novia,
 vestidica y sin casar,
 que quien de lo ajeno viste
 desnudo suele quedar.

Que-de-se con Dios — la no — via ves-ti di-cay sin ca-
 sar que quiende loa-je — no vis-te vi-vael a-mor des —
 - nu-do sue-le que-dar —

Escenificado en 1932 (junto) para ser representado por los
 alumnos de la Escuela Preparatoria del Instituto Escuela — Arreglo
 del texto y dirección artística por Juana Menéndez Pidal, música de
 Eduardo Torner. Ilustración de Arturo Ruiz Castillo